

LOS IDUS DE MARZO

THORNTON WILDER


LOS IDUS DE MARZO

Traducción de
María Lejárraga de Martínez Sierra



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Ides of March*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Traducción de María Lejárraga de Martínez Sierra

Primera edición: julio de 2024

© 1948 The Wilder Family LLC
Published by arrangement with The Wilder Family
and The Barbara Hogenson Agency, Inc.

All rights reserved

© de la presente edición: Edhasa, 1992, 2024

Diputación, 262, 2.º 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6428-6

Impreso por CPI Black Print

Depósito legal: B 10724-2024

Impreso en España

ESTA OBRA ESTÁ DEDICADA A DOS AMIGOS:
LAURO DE BOSIS,
POETA ROMANO,
QUE PERDIÓ LA VIDA ORGANIZANDO
UNA RESISTENCIA
CONTRA EL PODER ABSOLUTO DE MUSSOLINI;
SU AVIÓN, PERSEGUIDO
POR LOS DEL DUCE,
SE HUNDIÓ EN EL MAR TIRRENO,
Y
EDWARD SELDON,
QUE, AUNQUE INMÓVIL Y CIEGO DURANTE
MÁS DE VEINTE AÑOS,
FUE DISPENSADOR DE SABIDURÍA,
VALOR Y ALEGRÍA
PARA MUCHAS GENTES.

*Das Schaudern ist der Menschheit bestes Teil;
Wie auch die Welt ihm das Gefühl verteuere...*
GOETHE; *Fausto*, parte II

El estremecimiento del temor reverencial es la más alta facultad humana, aunque este mundo esté constantemente alterando sus valores...

GLOSA: Del reconocer el hombre, mediante el temor y la reverencia, que existe un algo incognoscible, proviene todo lo mejor en las exploraciones de su mente, aun cuando tal reconocimiento a menudo se descarría en superstición, esclavitud y exagerado confiar.

PREÁMBULO

La reconstrucción histórica no es uno de los principales propósitos de esta obra. Puede considerársela como una fantasía sobre ciertos acontecimientos y personas de los últimos días de la República romana.

La principal libertad que el autor se permite es la de trasladar un acontecimiento que tuvo lugar el año 62 antes de la Era cristiana –la profanación de los Misterios de la Bona Dea por Clodia Pulquer y su hermano– a la celebración de los mismos ritos diecisiete años más tarde, el 11 de diciembre del año 45 antes de Cristo.

En el año 45, ya muchos de mis personajes sin duda habrían muerto hacía tiempo: Clodio, asesinado por unos matones en un camino rural; Catulo, aunque sólo tenemos la palabra de san Jerónimo para pensar que murió a la edad de treinta años; Catón el joven, unos pocos meses antes en aquel mismo año, en África, resistiendo al poder absoluto de César; la tía de César, viuda del gran Mario, había muerto antes del año 62. Por otra parte, en el año 45, la segunda mujer de César, Pompeya, había sido reemplazada por la tercera, Calpurnia.

Cierto número de los elementos de esta obra, entre los que pueden parecer inventados por mí, son en realidad históricos: Cleopatra llegó a Roma el año 46, César la instaló en su villa, al otro lado del río; permaneció allí

hasta que él fue asesinado, y entonces huyó, volviendo a su país.

Casi todos los historiadores que han concedido extensa atención a la vida privada de César han pesado y generalmente rechazado la posibilidad de que Marco Junio Bruto fuese hijo de César. El regalo que hizo César a Servilia de una perla de valor sin precedente es histórico. Las cartas en cadena de los conspiradores, dirigidas contra César, me las han sugerido los acontecimientos de nuestro tiempo. Las hizo circular en Italia contra el régimen fascista Lauro de Bosis, siguiendo –se dice– el consejo de Bernard Shaw.

Llamo la atención del lector a la forma en que están presentados los materiales de esta obra:

Dentro de cada uno de los cuatro libros, los documentos se dan en orden aproximadamente cronológico. Los del libro primero se refieren a septiembre del año 45 antes de Cristo. El libro segundo, que contiene material referente a las investigaciones de César acerca de la naturaleza del amor, empieza antes y cubre los meses de septiembre y octubre. El libro tercero, que trata principalmente de religión, empieza aun antes y se desenvuelve durante todo el otoño, concluyendo con las ceremonias de la Buena Diosa en diciembre. El libro cuarto, que resume todos los aspectos de la investigación de César, particularmente los que tratan de sí mismo, como representando acaso el papel de instrumento del «Destino», empieza con el primer documento del volumen, y termina con su asesinato.

Todos los documentos que van en esta obra se deben a la imaginación de su autor, excepto los poemas de Catullo y la última página que cierra el libro; ésta está tomada de *Vidas de los Césares*, de Suetonio.

Fuentes de material referentes a Cicerón, las hay copiosas; referentes a Cleopatra, escasean; cuando se trata

de César, son muchas, pero a menudo enigmáticas y sacadas de quicio por intenciones políticas. Este libro es una reconstrucción hipotética, debido a la desigualdad de las fuentes de información.

THORNTON WILDER

LIBRO PRIMERO

I. EL MAESTRO DEL COLEGIO DE AUGURES A CAYO JULIO CÉSAR, SUPREMO PONTÍFICE Y DICTADOR DEL PUEBLO ROMANO.

Copias para el sacerdote de Júpiter Capitolino, etc.; para la señora presidenta del colegio de las Vírgenes Vestales, etc., etc.

1 de septiembre, año 45 antes de Cristo

Al reverendísimo supremo pontífice:

Sexto informe de esta fecha.

Lecturas del sacrificio del mediodía:

Un ganso: manchas en el corazón y el hígado. Hernia del diafragma.

Segundo ganso y un gallo: nada digno de nota.

Un pichón: condición siniestra, riñón desplazado, hígado hinchado y de color amarillo. Piedrecilla de cuarzo en el buche. Se ordenó un estudio más detallado.

Segundo pichón: nada digno de nota.

Observación de vuelos: un águila desde tres millas al norte del monte Soracte hasta el límite de visión sobre Tívoli. El ave mostró alguna incertidumbre en la dirección al acercarse a la ciudad.

Truenos: no se ha oído trueno alguno desde el que se observó hace diez días.

Salud y larga vida para el supremo pontífice.

I-A. NOTA DE CÉSAR, CONFIDENCIAL, PARA SU SECRETARIO ECLESIAÍSTICO.

Ítem I. Informar al maestro del Colegio de Augures que no es necesario que me envíen de diez a quince informes como éste al día. Bastará con un informe sumario de las observaciones del día anterior.

Ítem II. Elegir, de entre los informes de los últimos cuatro días, tres auspicios especialmente favorables y tres desfavorables. Puedo necesitarlos hoy en el Senado.

Ítem III. Redactar y distribuir un comunicado con el siguiente efecto:

Con el establecimiento del nuevo calendario, la conmemoración de la fundación de la ciudad el día decimoséptimo de cada mes, se elevará a la categoría de rito de la más alta importancia cívica.

El supremo pontífice, si se encuentra residiendo en la ciudad, estará presente en cada una de las conmemoraciones.

Se observará el ritual completo con las siguientes adiciones y correcciones:

Estarán presentes doscientos soldados que pronunciarán la invocación a Marte como es costumbre en los puestos militares.

La adoración de Rea estará a cargo de las Vírgenes Vestales. La presidenta del colegio será personalmente responsable de la asistencia, de la excelencia de la actuación y del decoro de las participantes. Se corregirán inmediatamente los abusos que han ido introduciéndose en el ritual; las celebrantes permanecerán invisibles hasta la procesión final, y no se recurrirá en modo alguno a la moda mixolidia.

El testamento de Rómulo se dirigirá hacia los asientos reservados para la aristocracia.

Los sacerdotes que alternen los responsos con el supremo pontífice habrán de hacerlo con perfección literal. A los que fallen en cualquier detalle se les someterá a treinta días de adiestramiento y se les enviará a servir en los nuevos templos de África y Bretaña.

I-B. DIARIO-CARTA DE CÉSAR A LUCIO MAMILIO
TURRINO, EN LA ISLA DE CAPRI.

Para una descripción de este diario-carta, véase el comienzo del documento III.

968. *Acerca de los ritos religiosos.*

Incluyo en el paquete de esta semana media docena de los innumerables informes que, como supremo pontífice, recibo de los Augures, Arúspices, Vigilantes del Cielo y Cuidadores de los Pollos.

Incluyo también las disposiciones que he dictado para la conmemoración mensual de la fundación de la ciudad.

¿Qué se le va a hacer?

He heredado esta carga de superstición e insensatez. Gobierno a innumerables hombres, pero debo reconocer que estoy gobernado por aves y truenos.

Todo ello obstruye con frecuencia la obra del Estado: cierra las puertas del Senado y de los tribunales durante días y aun semanas enteras. Emplea a varios miles de personas. Todo el que tiene algo que ver con todo ello, incluso el supremo pontífice, lo manipula en interés propio.

Una tarde, en el valle del Rin, los augures de nuestro cuartel general me prohibieron enredarme en batalla contra el enemigo. Al parecer, nuestros pollos sagrados comían con desgana. Las señoras gallinas cruzaban los pies al andar; inspeccionaban con frecuencia el cielo y miraban por

encima del hombro, con muy buen motivo. Yo también, al entrar en el valle, me había desanimado al observar que a menudo lo visitaban las águilas. Nosotros, los generales, nos vemos reducidos a observar el cielo con ojos de pollo. Accedí durante un día, aunque una de mis pocas ventajas consistía en mi capacidad de tomar por sorpresa al enemigo, y temía que por la mañana se repitiese el impedimento. Pero, al atardecer, Asinio Polión y yo dimos un paseo por los bosques; recogimos una docena de gorgojos; los picamos en pedazos menuditos con nuestros cuchillos y los esparcimos en derredor del jaulón que servía de comedor sagrado. A la mañana siguiente todo el ejército esperó con ansiedad para conocer la voluntad de los dioses. Sacaron a comer a los pollos fatídicos. Al principio, miraron al cielo lanzando aquel piar de alarma que basta para detener a diez mil hombres; pero, luego, miraron la comida que se les ofreciera. ¡Por Hércules! Los ojos se les salían de las órbitas; lanzaron gritos de encantada glotonería; volaron a comer, y me permitieron ganar la batalla de Colonia.

Y, sobre todo, tales observancias rituales atacan y van minando el verdadero espíritu en la mente de los hombres. Nos dan a nosotros, romanos, desde los barrenderos a los cónsules, un vago sentimiento de confianza donde no hay que confiar, y al mismo tiempo nos infunden un temor penetrante, un temor que ni nos despierta a la acción ni nos exige ingenio, sino que paraliza. QUITAN de los hombros a los seres humanos la incesante obligación de ir creando momento tras momento su propia Roma. Llegan a nosotros sancionados por el uso de nuestros antepasados y respirando la seguridad de nuestra infancia; lisonjean la pasividad y consuelan de la insuficiencia.

Puedo habérmelas con los otros enemigos del orden: con las perturbaciones sin plan de un Clodio; con el gruñón descontento de un Cicerón y un Bruto, nacidos de la

envidia y alimentados con el teorizar que hila tan delgado de los viejos textos griegos; con los crímenes y la codicia de mis procónsules y funcionarios, pero ¿qué puedo hacer contra la apatía que se alegra de poderse envolver en la capa de la piedad, que me dice que a Roma la salvarán los dioses que constantemente velan por ella o que Roma se arruinará porque los dioses son maléficos?

No soy aficionado a rumiar malhumores, pero a veces me sorprendo rumiando, malhumorado, sobre este asunto.

¿Qué se le va a hacer?

A veces, a la medianoche, intento figurarme qué sucedería si yo aboliese todo esto; si, dictador y supremo pontífice, aboliese toda la observancia de los días fastos y nefastos, de las entrañas y los vuelos de las aves, del trueno y del rayo; si cerrase todos los templos excepto el de Júpiter Capitolino.

Y con Júpiter, ¿qué?

De esto, volveré a hablarte.

Prepara pensamientos para guiarme.

La noche siguiente.

La carta continúa en griego.

Vuelve a ser medianoche, querido amigo mío. Estoy sentado ante mi ventana, deseando que diese sobre la ciudad dormida y no sobre los jardines Trasteverinos de los ricos. Las mariposillas danzan en torno a mi lámpara. El río refleja apenas la difusa luz de las estrellas. En la orilla opuesta algunos ciudadanos borrachos discuten en una taberna, y de cuando en cuando me llega, en el aire, mi nombre. He dejado a mi mujer dormida, y he intentado aquietar mis pensamientos leyendo a Lucrecio.

Cada día siento mayor presión sobre mí, procedente de la posición que ocupo. Me doy más y más cuenta

de lo que me capacita para realizar, de lo que me exige que realice.

Pero ¿qué me dice? ¿Qué exige de mí?

He pacificado el mundo; he extendido los beneficios del derecho romano a innumerables hombres y mujeres; contra gran oposición, les estoy otorgando también los derechos de la ciudadanía; he reformado el calendario, y nuestros días están regulados por una conformidad útil con los movimientos del sol y de la luna. Estoy arreglando el modo de que el mundo llegue a estar alimentado con regularidad; mis leyes y mis flotas equilibrarán la intermitencia de las cosechas y lo sobrante de las necesidades públicas. El mes próximo se suprimirá la tortura en el código penal.

Pero todo eso no es bastante. Tales medidas han sido meramente la obra de un general y de un administrador. En ellas soy para el mundo lo que un alcalde es para una aldea. Ahora, es preciso hacer otra obra, pero ¿cuál? Siento como si ahora, y sólo ahora, estuviese dispuesto a empezar. La canción que está en los labios de todos me llama padre.

Por primera vez en mi vida pública, estoy inseguro. Mis acciones hasta aquí han estado conformes con un principio al que puedo llamar una superstición: nunca improviso. No inicio acción alguna para que me instruyan sus resultados. En el arte de la guerra y en las operaciones de la política, no hago nada sin una intención extremadamente precisa. Si surge un obstáculo, creo prontamente un plan nuevo en el cual vea claramente cada una de sus posibles consecuencias. Desde el momento en que vi que Pompeyo dejaba una partecilla de cada ventura a la casualidad, supe que yo iba a ser el dueño del mundo.

Los proyectos que ahora acuden a mí, sin embargo, llevan en sí elementos de los cuales no estoy seguro de es-

tar en lo cierto. Para llevarlos a efecto, necesito que en mi entendimiento esté en claro cuáles son los fines de la vida del hombre corriente y cuáles las capacidades del ser humano.

El hombre, ¿qué es? ¿Qué sabemos de él? Sus dioses, su libertad, su entendimiento, su amor, su destino, su muerte..., ¿qué significan? ¿Recuerdas cómo tú y yo, muchachos en Atenas, y más tarde ante nuestras tiendas de campaña en la Galia, acostubrábamos dar infinitas vueltas a todas estas cosas? Yo, filosofando, vuelvo a ser un adolescente. Como Platón, el peligroso seductor, dice: los mejores filósofos del mundo son chiquillos con barbas recién nacidas en el mentón; vuelvo a ser muchacho.

Y ya ves lo que he hecho entretanto en ese asunto de la religión del Estado. La he apuntalado restableciendo la Conmemoración mensual de la Fundación de la Ciudad.

Quizá lo he hecho para escrutar qué últimos vestigios de semejante piedad puedo descubrir dentro de mí mismo. También me lisonjea saber que de todos los romanos soy el más erudito en la antigua ciencia religiosa, como lo fue, antes que yo, mi madre. Confieso que, mientras estoy declamando las rudas colectas y ordenando los movimientos en el complicado ritual, estoy lleno de emoción real; pero esa emoción no tiene nada que ver con el mundo sobrenatural: estoy recordando cuando, a los diecinueve años, sacerdote de Júpiter, subí al Capitolio con mi Cornelia al lado, llevando ella bajo el cinto a nuestra Julia, que aún no había nacido. ¿Qué momento me ha ofrecido la vida desde entonces capaz de igualarlo?

¡Silencio! Se está relevando la guardia delante de mi puerta. Los centinelas han entrechocado sus espadas y han cambiado la contraseña. La contraseña esta noche es CÉSAR VELA.

II. DE LA SEÑORA CLODIA PULQUER, DESDE SU VILLA EN BAÍA, EN LA BAHÍA DE NÁPOLES, AL MAYORDOMO DE SU CASA EN ROMA.

3 de septiembre, 45 años antes de Cristo

Mi hermano y yo damos una comida el último día del mes. Si esta vez ocurre algún error, te reemplazaré y te pondré en venta.

Se han enviado invitaciones al dictador, y a su mujer y a su tía, a Cicerón, a Asinio Polión y a Cayo Valerio Catulo. Toda la comida se llevará a la antigua moda, es decir que las mujeres no estarán presentes hasta la segunda parte de la comida y no se reclinarán.

Si el dictador acepta esta invitación, se observará el protocolo más estricto. Empieza ya a ensayar a los criados; la recepción a la puerta, el llevar la silla, la vuelta a la casa, la despedida. Arréglatelas para alquilar doce trompeteros. Informa a los sacerdotes de nuestro templo para que celebren la ceremonia adecuada a la recepción del supremo pontífice.

No sólo tú, sino también mi hermano, probaréis los platos del dictador en su presencia, como se hacía en los días antiguos.

La lista de platos dependerá de las nuevas enmiendas a las leyes suntuarias. Si se han promulgado ya el día de la comida, sólo se servirá una entrada para todo el mundo. Será el guisado egipcio de alimento de mar que el dictador te describió una vez. Yo no sé nada de él; ve inmediatamente a ver a su cocinero y entérate de cómo se prepara. En cuanto consigas la receta, hazla al menos tres veces, para estar seguro de que saldrá perfecta la noche de la comida.

Si las nuevas leyes no se han proclamado, tendremos variedad de platos. El dictador, mi hermano y yo tendre-

mos el guisado. Cicerón, cordero al asador, a la griega. La mujer del dictador, la cabeza de carnero con manzanas asadas, que tanto elogió. ¿Le enviaste la receta que pidió? Si así lo has hecho, cambia ligeramente la preparación; te sugiero que añadas tres o cuatro melocotones empapados en licor de Albania. A la señora Julia Marcia y a Valerio Catulo les propondrás que elijan lo que más les guste de todos esos platos. Asinio Polión probablemente no comerá nada, como de costumbre, pero ten preparada leche caliente de cabra y gachas de Lombardía. Dejo el asunto de los vinos completamente en tus manos; ten cuidado con las leyes que rijan.

Estoy haciendo que draguen veinte o treinta docenas de ostras con redes bajo el agua hasta Ostia. Algunas de ellas pueden llevarse a Roma el mismo día de la comida.

Ve inmediatamente en busca de Eros, el mimo griego, y contrátalo para la velada. Probablemente pondrá sus dificultades acostumbradas; puedes confiarle la calidad de mis invitados. Cuando hayas cerrado el trato, puedes decirle que, además del precio acostumbrado, le daré el espejo de Cleopatra. Dile que deseo que él y su compañía representen *Afrodita y Hefastos* y *La procesión de Osiris*, de Herondas. Deseo que él solo declame el *Ciclo de la tejedora de guirnaldas*, de Safo.

Mañana saldré de Nápoles. Me detendré una semana con la familia de Quinto Léntulo Espinter, en Capua. Allí espero carta tuya en la cual me dirás en qué se ocupa mi hermano. Puedes esperarme en Roma hacia el día diez.

Deseo me informes sobre el asunto de borrar todo lo que escriben acerca de nuestra familia por los sitios públicos. Quiero que esto se haga concienzudamente.

Lo que Clodia quiere decir en este pasaje se ilustra mejor por un párrafo en una de las cartas de Cicerón y por algunos grafiti seleccionados.

II-A. CICERÓN, EN ROMA, A ATTICO, EN GRECIA.

Escrito en la primavera del mismo año

Segunda únicamente si se la compara con el dueño de todos nosotros, Clodia ha llegado a ser la persona más discutida en Roma. En las paredes y en los pavimentos de todos los baños y urinarios de Roma se garrapatean acerca de ella versos de ilimitada obscenidad. Dícenme que hay una extensa sátira dedicada a ella en la sala de enfriamiento de los baños de Pompeya; diecisiete poetas han puesto ya sus manos en ella; y recibe adiciones a diario. Me dicen que da vueltas en su mayor parte al hecho de que es viuda, hija, nieta, sobrina y biznieta de cónsules, y a que su antecesor Appio fue el que empezó a construir el camino sobre el cual ella busca compañía consoladora, ya que no remuneradora.

La dama, según dicen, ha oído hablar de tales tributos. Tiene tres hombres contratados durante la noche borrándolos subrepticamente. Pero es demasiado trabajo. No pueden dar abasto con él.

Nuestro Dómine [*César*] no necesita contratar obreros para borrar la calumnia. También hay para él versos groseros; mas por cada calumniador tiene tres abogados. Sus veteranos han vuelto a armarse con esponjas.

La poesía se ha convertido en calentura en nuestra ciudad. Dícenme que los versos de ese recién venido Catulo –versos también dirigidos a Clodia, aunque en distinta vena– andan igualmente escritos por los edificios públicos. Los vendedores de empanadas sirias se los han aprendido de memoria. ¿Qué me dices de esto? Bajo el poder absoluto de un hombre, nos quitan nuestras ocupaciones o les hacen perder su sabor. Ya no somos ciuda-

danos sino esclavos, y la poesía es el recurso de un ocio forzado.

II-B. GRAFITIS GARRAPATEADOS POR LOS MUROS Y PAVIMENTOS DE ROMA.

Clodio Pulquer en el Senado dice a Cicerón:
«Mi hermana no se mueve, no me da ni un pie».
«¡Oh! –dice Cicerón–, creíamos que era más generosa.
Creíamos que te había dado hasta más arriba de la rodilla».

Sus antepasados tendieron la Vía Appia; César
levantó a esta Appia y la tendió por otra vía.
¡Oh, oh, oh!

La Chica por cuatro monedas es millonaria, pero codicio-
sa y nunca está ociosa.
¡Qué orgullosamente cuenta sus cincuenta monedas al
amanecer!

Todos los meses, César conmemora la fundación de la ciu-
dad. A todas horas, la disolución de la República.

*La siguiente canción popular, con variantes, se veía garrapa-
teada en lugares públicos en el mundo entero.*

El mundo es de Roma, y los dioses se lo dieron a César;
César es el descendiente de los dioses, y es un Dios.
El que nunca perdió una batalla es el padre de cada
soldado.
Ha plantado el talón de su pie sobre la boca del rico,
mas para el pobre es amigo y consolador.
En esto conocéis que los dioses aman a Roma:

se la han dado a César, su descendiente, que es también un Dios.

Los siguientes versos de Catulo parece que fueron adoptados inmediatamente por el público en general; en menos de un año, habían llegado a las partes más remotas como aforismo proverbial anónimo.

Los soles se ponen y pueden volver a salir;
mas una vez que nuestra breve luz se ha puesto,
la noche es para siempre y hay que dormirla.

III. DIARIO-CARTA DE CÉSAR A LUCIO MAMILIO TURRINO, EN LA ISLA DE CAPRI.

Probablemente desde el 20 de agosto al 4 de septiembre. Este diario-carta se mantuvo desde que el destinatario fue capturado y mutilado por los belgas en el año 51 antes de Cristo hasta la muerte del dictador. Sus anotaciones ofrecen gran variedad de formas; algunas están escritas en cartas y documentos desechados; algunas se escribieron a toda prisa, otras, con gran cuidado; algunas se dictaron y están escritas por un secretario. Aunque van numeradas en serie, sólo muy pocas de ellas llevan fecha.

958. *Sobre la posible etimología de tres palabras anticuadas en el testamento de Rómulo.*

959-963. *Sobre ciertas tendencias y probabilidades en la política corriente.*

964. *Da su opinión despectiva sobre el empleo de artificios métricos en los discursos de Cicerón.*

965-967. *Sobre política.*

968. *Sobre la religión romana. Esta anotación ya ha aparecido en este volumen como sección I-b.*

969. *Sobre Clodia Pulquer y su educación.*

Clodia y su hermano nos han invitado a cenar. Creo haber discutido suficientemente en mis cartas la situación de esa pareja, pero, como el resto de Roma, vuelvo al mismo asunto.

Ya no me siento lleno de compasión cuando me encuentro con una de las innumerables personas que arrastran tras de sí una vida fracasada. Y menos aún procuro encontrar disculpas para ellos cuando los veo sentados en el trono de su propio entendimiento, disculpados, perdonados y lanzando acusaciones contra el misterioso destino que los ha agraviado, y exhibiéndose como víctimas puras. Así es Clodia.

Éste no es el papel que representa ante sus numerosas relaciones; para ellas finge ser la más feliz de las mujeres. Pero es el papel que representa ante sus propios ojos y ante mí, porque soy, creo, la única persona que está enterada de cierta circunstancia de la cual fue acaso víctima y sobre la cual ha basado su pretensión de volver a ser víctima todos los días.

Otra disculpa pudiera encontrarse para ella y para esas otras mujeres de su generación cuyos desórdenes, lo mismo que los de ella, atraen la atención pública. Nacieron en las más grandes casas de riqueza y privilegio y las criaron en esa atmósfera de nobles sentimientos y moralización incesante que ahora llamamos «el antiguo modo romano». Las madres de esas muchachas fueron en muchos de los casos grandes mujeres, pero habían desarrollado una serie de cualidades que no pudieron transmitir. El amor maternal, el orgullo de la familia y la riqueza se habían combinado para hacerlas hipócritas, y criaron a sus hijas en un mundo cerrado de suaves mentiras y evasiones. Las hijas –las más inteligentes–, al ir creciendo, se fueron dando cuenta de ello; sintieron que les habían men-

tido, y prestamente se lanzaron a demostrar públicamente que se habían libertado de la hipocresía. La prisión del cuerpo es amarga; la prisión de la mente es peor. Los pensamientos y las acciones de aquellos que despiertan al hecho de haber sido engañados son dolorosos para ellos y peligrosos para los demás. Clodia fue la más inteligente, y su comportamiento es ahora el más escandaloso. Todas aquellas chiquillas contrajeron o fingieron haber contraído una pasión por dejarse ver en malas compañías y la ostentación de la ordinariez ha llegado a ser un factor político con el cual tengo que entendérmelas. El mundo plebeyo es mejorable en sí mismo, pero ¿qué puedo hacer con una aristocracia plebeya?

Hasta las mujeres jóvenes cuya conducta es intachable –como la hermana de Clodia, como mi mujer– exhiben el resentimiento del ser engañado que despierta. Las criaron para pensar que las virtudes domésticas eran evidentes por sí mismas y universales; les habían negado el conocimiento que más atrae al entendimiento joven: que la corona de la vida está en el ejercicio de la propia elección.

En su conducta veo reflejarse también algo de lo que con frecuencia –acaso demasiada– he discutido contigo, el hecho de que el uso y la misma estructura de nuestro lenguaje exhiben e inculcan la creencia de que, en presencia de la vida, somos pasivos, estamos atados, comprometidos y desamparados. Nuestro lenguaje nos dice que al nacer se nos dan tales y cuales cualidades. Lo cual es decir: Hay un Gran Donante que dio a Clodia belleza, salud, riqueza, alto nacimiento, conspicua inteligencia, y a otra, esclavitud, enfermedad y estupidez. A menudo, ha oído decir que estaba dotada de belleza (¿quién la dotó?) y que sobre otra pesaba la maldición de una mala lengua... ¿Es que Dios maldice? Hasta si asumimos la existencia de un Dios que, como Homero dice, escancia de sus urnas

los buenos y los malos dones, me asombra ver a gentes piadosas que insultan a su Dios negándose a ver que, tal como va el mundo, hay un campo de circunstancias que no está conmensurado con la providencia de Dios, y que Dios debe de haberlo querido así.

Pero volvamos a nuestra Clodia; los Clodios nunca creen haber recibido bastante; están envenenados por el resentimiento contra ese avaro Donante que sólo les diera hermosura, salud, riqueza, nacimiento e inteligencia, pero que retiene un millón de dones, por ejemplo, felicidad perfecta, en cada uno de los momentos de cada día. No hay rapacidad igual a la de los privilegiados que sienten que las ventajas les han sido otorgadas por cierta Inteligencia, ni amargura igual a la de los desdichados que sienten que, a sabiendas, se les ha dejado a un lado.

Amigo, amigo mío, ¿qué cosa mejor podría hacer por Roma que volver las aves al mundo de las aves, volver el trueno a los fenómenos de la atmósfera y volver los dioses a los recuerdos de la infancia?

No necesito decirte que no asistiré a la comida de Clodia.

IV. LA SEÑORA JULIA MARCIA, VIUDA DEL GRAN MARIO, DESDE SU QUINTA EN LAS COLINAS ALBANAS, A SU SOBRINO CAYO JULIO CÉSAR, EN ROMA.

4 de septiembre

Clodio Pulquer y su hermana me invitan a comer para el último día del mes. Me dicen, querido muchacho, que estarás tú allí. Yo no había pensado volver hasta diciembre, cuando tengo que tornar a mis deberes en relación con los Misterios [*de la Buena Diosa*]. Naturalmente, no pensa-

ría en ir a esa casa sin la seguridad de que tú y tu mujer querida estaréis también allí. ¿Quieres enviarme con este mensajero una palabra diciendo si, en realidad, vais a estar presentes o no?

Debo confesar que siento bastante curiosidad por ver—después de todos estos años de vida rústica— cómo vive la sociedad del monte Palatino. Las cartas escandalizadas que recibo de Sempronia Metella, de Servilia y Emilia Cimber y de Fulvia Manso no me dan mucha luz sobre el asunto. Se ocupan tanto en llamar la atención sobre su propia virtud que no puedo poner en claro si la vida diaria en la cima del mundo es brillante o trivial.

Tengo además otro motivo para ver a Clodia Pulquer. Es posible que más tarde o más pronto me vea obligada a tener una conversación muy seria con ella... por causa de su madre y de su abuela, amigas queridas de mi juventud y de mi madurez. ¿Puedes adivinar de qué te hablo?

[Como se verá, César no comprendió esta indicación. Su tía formaba parte del Consejo de Gobierno de los Misterios de la Buena Diosa. Si se presentaba la propuesta de que se excluyera a Clodia de participar en los Misterios, la decisión correspondería principalmente al comité laico y no a las representantes del Colegio de las Vírgenes Vestales. La responsabilidad final vendría a caer, en todo caso, sobre julio César como Supremo Pontífice].

Nosotros, inocentes campesinos, estamos preparados para obedecer estrictamente tus leyes contra el lujo. Nuestras pequeñas comunidades te aman y dan gracias a los dioses diariamente de que seas el guía de nuestro gran Estado. En mi casa de labor hay seis de tus veteranos. La diligencia, alegría y lealtad que me demuestran son, bien lo sé, el reflejo del culto que te rinden. Procuro no decepcionarlos.

Mi cariño a Pompeya.

